

Toda la correspondencia al Administrador G. Osler, Espiritu Santo, 18.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica todos los domingos. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 3'50 pesetas.— Por un año 6.— A los corresponsales 2'50 la mano.

SU MAJESTAD LA MUJER—POR ROBIDA.



ADVERTENCIA.

Se ha puesto á la venta el primer *Album* de EL MUNDO FEMENINO, con el título de *Un poquito de Mostaza*.

Consta de 16 láminas al cromo, y su precio es el de una *una peseta*.

Los suscritores por un año y los correspondientes y libreros tendrán un beneficio de 25 por 100, remitiendo previamente el importe de su pedido.

MADRID VICIOSO

por

E. DE LA CERDA.

IV

JULIAN es un hombre inepto, y además de inepto, vago, y además de vago, vicioso, y además de vicioso, sin vergüenza.

Casado con una muchacha de buena familia, pero de antecedentes algo sospechosos, vivió bien Julián mientras le duró el dinerillo de la chica, unos diez mil duros que la dejó al morir un tío que la había criado, y con quien se dice que si fué que si vino...

Los diez mil duros duraron tres años cortos de talle; tres años de juergas y jaranas, en los que Julián, ya inclinado á la vagancia, acabó por perfeccionarse en este oficio, que si muchas veces no es lucrativo, es de los más cómodos que conozco, oficio que creó el padre Adán en el Paraíso, cuando andaba por allí en cueros y con las manos en los bolsillos (como decía un amigo mío, novelista muy cursi), que después perfeccionó Diógenes el Cínico, pasándose la vida tendido en el tonel, y que han elevado á su más alto grado de esplendor los que pasan hoy día el ídem y la noche en la mesa de un café ó tomando el sol en la Puerta de este nombre.

Julián se encontró sin dos pesetas, pero esto no le alteró lo más mínimo.

La familia de Dolores, su mujer, proveía primero á las necesidades del matrimonio; después se hartó de alimentar la vagancia de aquel gandul, y se circunscribió á vestir á la muchacha y á darla de comer, siempre que, sintiendo hambre, aparecía por las puertas de la casa paterna.

Pero la familia vino á menos, y ya el padre de Dolores empezó á hacer sentir á su yerno la necesidad de atender á las obligaciones del hogar doméstico. El se encogía de hombros, comía en casa de los amigos, fumaba de gorra y daba un sablazo diario para satisfacer su pasión por el juego y las mujeres, y cuando Dolores le increpaba por su abandono, él la contesta-

ba arrojando bocanadas de humo de un veguero regalado ó comprado con dinero de alguna víctima.

—Mira, hija vivimos en piso tercero con entresuelo; el balcón es alto; de modo que cuando estés desesperada, ya sabes el camino para salir de la desesperación.

Un día Julián se encontró sorprendido con una carta que traía el sello del Ministerio de Hacienda; abriola y se encontró con una credencial de doce mil reales.

—¿Quién me mandará esto? exclamó: yo no lo he pretendido, ni quiero ser empleado...

Y fuese al Ministerio, y allí nadie le pudo dar razón de quién era su misterioso protector.

—Bueno, dijo á Dolores; con no ir á la oficina, me dejarán cesante.

—Por lo menos, toma posesión, le dijo su mujer, aunque luego no asistas.

—¡Pst! En efecto, nada pierdo; cobraré el primer mes y se acabó. De todos modos necesitaba comprarme un terno y ya no hallo fácilmente quien me preste cincuenta duros.

Y como lo dijo lo hizo. Tomó posesión, y el día primero del mes siguiente se disponía á ir á cobrar, cuando entró en su casa el mismísimo habilitado, quien le entregó la primera paga.

Continuó sin parecer un solo día por su oficina, y sin embargo, todos los meses, el habilitado le traía el *tanti cuanti*, le recogía la firma de la nómina, y hasta más ver.

—Esto es magnífico, exclamaba Julián, creyéndose protegido por algún hada benéfica en forma de elevada señora prendada de sus encantos.

Pero no era esto sólo lo que admiraba á Julián. De los cuarenta y cinco duros que le correspondían, deducido el descuento del eterno y ridículo diez por ciento, que el Estado hace en los haberes de sus empleados, mientras mantiene muchos vergantes como Julián, entregaba veinticinco á Dolores para la manutención de los dos, sin acordarse ni del casero ni de que su mujer necesitaba cubrirse con algo más tupido que la paradisiaca hoja de higuera ó de parra, que en esto no están muy conformes los historiadores. Y sin embargo, ni el casero le desahuciaba, ni su mujer carecía, no ya del modesto vestido y del modesto calzado, sino muy al contrario: el casero le remitía todos los meses el recibo que Dolores recogía, y ésta tenía un guarda ropa, surtido como puede tenerlo la dama más acomodada.

—Tengo, decía en el casino en medio de sus amigos, una mujer que vale un tesoro: con veinticinco duros comemos, paga la casa, se viste como ustedes ven y nunca falta en su cajón media onza para ir á una butaca del Real una vez por semana: yo no sé cómo se las compone.

Los amigos se miraban unos á otros, se sonreían, y él tomaba aquellas sonrisas por incredulidad.

Pero uno, cierto día, más descarado que los otros, le dijo:

—Hombre, eso es muy extraño, y yo que Vd., buscaría... en mi cabeza la causa de ese prodigio.

—Es que la busco y no la encuentro, contestó sin caer en la cuenta del epigrama.

—Es que esas causas son muy *pegiadas*, contestó el otro recalando la frase.

—No comprendo lo que quiere Vd. decir, exclamó Julián desconcertado con la risa que promovió en el corro la feliz frase.

—Pues es muy fácil de entender, dijo el otro. Como ha pasado el tiempo de los milagros, esas multiplicaciones de los duros tienen un origen que todo hombre de honor debe de averiguar.

—Cree Vd. por ventura que mi mujer...

—Yo nada creo; pero porque no creo en milagros, me admira verle á Vd. tan crédulo.

Salió Julián furioso de aquel círculo, y fuese á su casa á hora desusada para desahogar la bilis con su mujer. Llamó á la puerta, y la criada, que no le esperaba, abrió creyendo que era el aguador.

Antes de que la chica pudiera dar un paso, Julián se precipita en la sala, luego en el gabinete y...

Allí estaba la explicación de su credencial, del lujo de su mujer; la cuestión *pegiada* quedaba aclarada.

Allí estaba su mujer en brazos de un hombre viejo, calvo, á quien Julián no reconoció al principio porque la habitación sólo estaba iluminada por las últimas luces del crepúsculo.

—¡Miserable! gritó Julián, ¿quién eres, ladrón de mi honra...?

Y encendió un fósforo para conocer á su rival.

—¡Gran Dios! ¡Mi jefe! exclamó el ofendido esposo.

—Silencio, contestó éste: tome Vd., lo traía á prevención; y le entregó un papel.

—¿Qué es esto? dijo Julián.

—Nada, una bicoca; léalo Vd. y cálmese.

Y salió saludando á Dolores con la mano.

Julián encendió una vela de un candelabro, extrajo un pliego del sobre y leyó.

Era una credencial de veinticuatro mil reales.

—¡Oh! yo no puedo consentir... dijo.

—Si ya has consentido, esposo mío, puesto que no le has muerto en el acto.

—¡Oh! pero le mataré, le mataré en buena lid, no como un asesino vulgar.

—Vamos, no seas tonto, contestó Dolores; no es eso mejor que no que me tirase por el balcón, como tú me aconsejabas!...

—Sí; pero dirán que me pones... en ridículo.

—Anda, criatura, dijo Dolores apoyándose en su hombro; eso es como los dientes: duelen al salir, pero después se come con ellos...

El caso es que Julián mientras duró aquella situación siguió siendo empleado sin asistir á la oficina, y que aún come... con ese tenedor que le falta un diente para parecerse á los que usan para comer los hombres honrados y de vergüenza.

ODIO DE FAMILIA

I

Un buque de alto bordo dispara un cañonazo, tres ó cuatro embarcaciones pequeñas se hacen á la vela y desaparecen en el horizonte. No se las vuelve á ver más...

—¡Y á esto llaman una regata!

Esta juiciosa reflexión hacía Ramiro á una preciosa vecinita de tez pálida y cabellos negros de ébano, que de pie en una silla de Frascati seguía las evoluciones de los buques en el Havre.

Miró ella á Ramiro, sonriose ligeramente y después, sin reponder, continuó mirando con sus gemelos.

Indudablemente la joven había adoptado con él cierto aire de frialdad, no obstante haberle sido presentado en toda regla.

Ramiro había tenido la suerte de encontrar la vispera en el gran baile tradicional de la Sociedad de Regatas á Mezensac y á su joven esposa, que se hallaban casados hacía tres meses escasos, y que se amaban como una pareja de tórtolas. La señora de Mezensac tenía á su lado una amiga italiana, la condesa Prilla, y Ramiro había sido presentado á ella como un valdador distinguidísimo.

Parecía natural, que después de muchas vueltas de vals las pretensiones de nuestro amigo debieran haber hecho mayor camino.

En las regatas se apresuró á unirse al matrimonio é inmediatamente colocó su silla al lado de la de la joven italiana, y se puso á hablar sin parar... sobre los anteojos del presidente del Yacht-Club... sobre el vientre del general americano T... sobre la *Gaviota*, que falta de viento permanecía hacía diez minutos enfrente de la estacada, sin avanzar una línea, en fin, sobre los presentes, los ausentes, todos...

Sus gracias encontraban eco en el joven matrimonio. Mezensac sobre todo, que gozaba teniendo ocasión de apoyarse en el brazo gorduelo y redondo de su mujercita, reíase de tal modo, que sin aquel apoyo hechicero se hubiese tal vez caído de la silla. En cuanto á la condesa, permanecía muy fría, y Ramiro hubiese sido muy mal recibido, si hubiera tenido la desgraciada ocurrencia de asirse de su vecina so pretexto de restablecer su equilibrio. Había ella formalmente declarado que estaba perfectamente colocada y que no tenía necesidad de apoyo alguno.

Había mucho de verdad en lo que dijo Ramiro. Los cañonazos se sucedían, las pequeñas embarcaciones partían á la vela en filas de tres ó cuatro y después no se las volvía á ver.

—Hijos míos, exclamó Mezensac sacando el reloj, esta diversión ha durado bastante; si queremos alcanzar el tren de las 6 y 30 para París es tiempo ya de que nos retiremos.

Y después de dicho esto, bajó á su mujer de la si-



(Se oye un grito.)
—¿Qué es eso, Cornelio?
—Nada, que me quemaba el pelo distraidamente.
—¿Por eso decía yo! ¡Si olía á cuerno quemado!

(Se oye un grito más tarde.)
—¿Qué es eso, Martirio?
—Que olía á pegado, y creí que á esa se la derramaba algo.
—¡Qué! Si es el olor á cuerno, que llega aquí desde la sala...

MUNICIPAL
BIBLIOTECA
MADRID

lla, y antes de depositarla en el suelo, la tuvo abrazada un poco más de lo que era preciso. Ramiro ofreció su mano á la Sra. Prilla, y se la estrechó fuertemente mientras ella saltaba con ligereza al suelo. Esto no era nada, en verdad, pero... en fin, cada uno hace lo que puede. La condesa, por su parte, no pareció conmoverse lo más mínimo; separáronse citándose para la estación.

—Vamos, se decía Ramiro, mientras un coche le conducía por el boulevard de la República, todo no está perdido. Voy á viajar cinco horas con ella, y si el diablo no se opone, he de lograr algo...

Y llegado que hubo á la estación, hizo mil reverencias á un señor de gorra galoneada para obtener el permiso de pasar antes que el público al andén. Después escogió su departamento y colocando su sobre todo y su bastón señalando cuatro sitios, repartió algunas monedas á los mozos exigiéndoles la promesa formal de que no permitirían subir á ninguna persona extraña en el wagón.

A las seis y veinte, las puertas de los salones de espera se abrieron con ruido, y Ramiro vió acercarse del brazo á Mezensac y á su mujer. A su lado iba la condesa con su saquito en la mano.

¡Condenado Mezensac! Tenía un modo de dar el brazo á su mujer, capaz de poner nervioso á un pobre muchacho aislado como Ramiro. Como que no hubiera podido pasarse una hoja de papel entre los dos...

Rigurosamente hablando, el deber de Mezensac hubiera sido dar el brazo á la condesa; pero era probable que ella se hubiese excusado de aceptarlo por no privarle de aquel placer inocente. Ramiro se apresuró á desembarazarla del cabat y condujo á sus amigos al wagón reservado.

La señora de Mezensac se sentó junto á la portezuela enfrente de su marido; la condesa Prilla al lado de su amiga, y Ramiro se instaló frente á ella.

—¡Con tal de que no suba nadie!... dijo Mezensac; estaríamos más cómodos para hablar con libertad.

—Es una felicidad que no debemos esperar, dijo la italiana.

Ramiro nada dijo, pero dirigió su mirada satisfecha hacia dos ó tres empleados foscos, que cerraban el paso á los intrusos que se atrevían á aproximarse al bienhadado wagón.

Al fin, cerráronse las portezuelas, sonó un silbido, y el tren partió, mientras los empleados en fila en el andén saludaban profundamente á Ramiro.

(Concluirá).

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR QUATRILLE

(Continuación.)

La leyenda del Lancero Griespach

Ochenta mil hombres de infantería, caballería, artillería, maniobran en la llanura de... El Emperador

Napoleón III les pasa revista. La emperatriz Eugenia y el Príncipe Imperial se hallan á su lado. En torno de ellos piafa, brilla, chispea el Estado Mayor de las grandes solemnidades, al cual se ha unido un surtido completo de extranjeros distinguidos.

De repente la emperatriz se detiene asombrada.

Su esperta mirada ha distinguido á un lancero azul y rojo, que hace mal efecto entre las filas de los dragones de la guardia verdes y blancos.

Y la soberana pregunta al soberano:

—¿Cómo es que ese lancero ha tomado puesto entre las filas de mi regimiento de dragones?

—¡No lo había notado! ¿General?

El general ministro de la Guerra se adelanta.

El emperador le pregunta:

—¿Qué hace ese lancero entre los dragones del regimiento de la emperatriz?

—Voy á informarme, señor.

Y el ministro de la Guerra, abandonando el Estado Mayor, trota, trota, trota, hasta que alcanza al general en jefe de la guardia imperial.

—Mi querido general, le dice: el emperador me envía á preguntar á Vd., qué es lo que hace ese lancero entre las filas de los dragones de la emperatriz.

—Mi querido ministro, confieso á Vd. que me sorprende, no menos que á S. M., verle allí. Voy á adquirir informes, y daré á Vd. en seguida la respuesta.

Y el general en jefe de la guardia imperial galopa, galopa, galopa, hasta que encuentra al general de división, comandante en jefe de la caballería de la guardia.

—¡Voto vá, general! Sírvase Vd. explicarme qué demonios hace esa bestia de lancero entre los dragones de la emperatriz. El emperador se ha mostrado muy descontento.

—¡Trueno de Dios, mi general! ¡No lo había notado! ¡Voy á averiguar lo que esto significa!

Y el general de división, comandante en jefe de la caballería de la guardia, trota, ¡badabúm! ¡badabúm! ¡badabúm! hasta que encuentra al brigadier, jefe del Estado Mayor general.

Llega hasta él casi sin aliento, y le dice:

—Amigo mío: ¡Ni el... empe... rador... ni... nosotros... sabemos... qué es lo que... hace... ese lancero, entre los drago... nes!

—Verdad es que eso no tiene sentido común. De aquí á un momento os daré una respuesta, dice el brigadier, que parte al trote, al trote, en busca del coronel de los dragones.

Pero el regimiento se ha puesto ya en marcha, tatará, tatará, tatará, puesto que el desfile va á comenzar.

El brigadier jefe del Estado Mayor general, galopa ¡hop! ¡hop! ¡hop! durante diez minutos.

Y llega jadeante á alcanzar al coronel.

—¡Coronel! ¡Coronel! el Emperador encarga se le pregunte á Vd. por qué razón hay un lancero en las filas del regimiento de Vd.

—No puedo abandonar la cabeza de mi regimiento

para informarme de eso, responde el coronel, que galopa ¡hop! ¡hop! ¡hop! con el sable en la mano y la mano en el muslo. Pero diríjase Vd. al comandante del 2.º escuadrón: él sabrá más que yo en esa cuestión.

Y el regimiento continúa desfilando... ¡badabúm!... ¡badabúm!...

El brigadier jefe del Estado Mayor general hace una seña á un ayundante de campo para que acuda á hablarle.

El ayudante se presenta á todo escape... ¡plaf!... ¡plaf!... ¡plaf!... —Vaya Vd. á preguntar al comandante del 2.º escuadrón del regimiento dragones de la Emperatriz, de parte de Sus Majestades, por qué está ese lancero entre sus filas.

El ayudante de campo se marcha á todo escape ¡plaf!... ¡plaf!... ¡plaf!...

—¡Mi comandante, le dice al llegar, SS. MM. desean saber por qué está ese lancero en las filas del escuadrón de Vd.!

—¿Hay un lancero en nuestras filas?

—Sí, señor.

—¿Está Vd. cierto de lo que dice?

—¡Ciertísimo!

—Pues es la primera noticia que tengo. Efectivamente, ¿por qué habrá un lancero en nuestras filas? Yo no puedo abandonar este puesto mientras dure el desfile, pero seguramente sabrá Vd. lo que desea, si se dirige al capitán Grindemil, que está allí abajo.

Y el oficial de Estado Mayor vuelve á marchar al galope; ¡badalaplaf!... ¡badalaplaf!... ¡badalabúm!

—¡Capitán! De orden del Emperador, ¿cómo es que hay un lancero en vuestras filas?

—Será, sin duda, una idea del teniente Clodomiro. Ese animal no sabe hacer más que cosas así. Voy á averiguarlo. Confieso que efectivamente me ha extrañado ver un lancero en nuestras filas. Pero como yo no soy el amo en esto, ¿comprende Vd.?

El regimiento seguía desfilando.

Y el capitán Grindemil parte á cuádruple galope ¡trimalabúm! ¡trimalabúm! ¡trimalabúm!

—Subteniente Casquapoil, ¿dónde está el teniente Clodomiro?

—Mi capitán, lo ha llamado el mayor.

—Yo tomo su puesto de Vd. en las filas. Vaya usted á escape á hacerle saber que SS. MM. se han mostrado muy descontentas al ver un lancero en nuestras filas. Pregúntele Vd. en qué consiste eso, y no tarde Vd. en volver.

El regimiento continuaba desfilando.

Y el subteniente Casquapoil se aleja á brida suelta ¡cling! ¡cling! ¡cling! mientras su gran sable azota el vientre del caballo y sus pantorrillas personales.

Pasan cinco minutos.

El subteniente Casquapoil no vuelve.

Por fin, se ve una gran nube de polvo y aparece un militar envuelto en sudor.

Es el subteniente Casquapoil.

—Mi capitán, dice, el teniente Clodomiro me ha contestado: ¡Qué sé yo! Esas son cosas del sargento Cornemusette. Dígale Vd. al capitán que se tome el trabajo de aguardar un momento, y voy á tomar informes.

El regimiento proseguía desfilando, y mientras que el oficial de Estado Mayor esperaba, el subteniente Casquapoil hacía asimismo esperar al capitán Grindemil.

Por fin, el teniente Clodomiro se acerca á galope ¡clap! ¡clap! ¡clap!

El subteniente Casquapoil galopa también, saliendo á su encuentro.

—¿Qué hay, teniente?

—Estamos de desgracia, mi capitán. El sargento Cornemusette se halla en la ambulancia.

—¡Por vida del demonio! ¡Estamos frescos!

Y el regimiento desfilaba, desfilaba, desfilaba siempre.

Entonces, el subteniente Casquapoil, que era tan maligno en los consejos, como bravo en los campos de batalla, exclamó:

—¿Por qué no se lo preguntamos al mismo lancero.

—No es mala idea, aunque sea contra disciplina...

—Verdad es.

—Pero como se trata de complacer al Emperador... Voy á reunirme con el capitán Grindemil, que creo se impacienta.

—Usted, subteniente Casquapoil, no olvide que se trata de dar gusto á dos cabezas coronadas.

—Está muy bien.

—Una vez tomados los informes, venga Vd. á transmitirme los.

El regimiento no cesaba de desfilando.

El subteniente Casquapoil se aleja á gran galope: ¡tarabúm! ¡tarabúm! ¡tarabúm!

Ve al lancero, y le grita:

—Eh, lancero... Sí, Vd. ¿Cómo se llama Vd.?

—Griespach, mi subteniente,

—¿Y por qué no lleva Vd. el uniforme de dragón?

—Porque no me ha acabado el traje el sastre del regimiento.

—¡Pues porque no lo advertía Vd.! ¡Dos días de arresto!

Y el subteniente Casquapoil se reúne con el teniente Clodomiro.

—Mi teniente, puede Vd. hacer saber al Emperador que el lancero me ha contestado que no le habían acabado el traje.

—¡Me lo había figurado! ¡Diez días de arresto!

El teniente Clodomiro se reúne con el capitán Grindemil.

—Mi capitán, puede Vd. hacer saber á SS. MM. que el lancero en quien se han dignado fijar su atención, es incorporado de hace poco al regimiento, y no ha recibido todavía el traje de ordenanza.

—¡Como si no me lo hubiera pensado! ¡Impóngale Vd. un mes de arresto!

Y el capitán Grindemil parte al galope, en busca del comandante del 2.º escuadrón.

¿Hay necesidad de repetir que el regimiento continuaba desfilando?

—¿Ha sabido Vd. algo, capitán Grindemil? dice el comandante al verle.

(Continuará).

IMPRESIONES DE LA SEMANA

En todos los círculos de Madrid se ha hablado de un lance de honor de desgraciadas consecuencias, en el que parece juega papel muy importante una distinguida dama, cuyo amor se disputaban los adversarios.

Siempre hemos creído que la mujer es, como dice un filósofo, «un manjar digno de los dioses... cuando no lo guisa el diablo.»

En la Audiencia de esta corte ha empezado esta semana la vista de una causa sobre un crimen tan repugnante, que se duda si los que lo cometieron son seres racionales ó fieras montadas en dos pies por un capricho de la naturaleza.

Una mujer que mantiene relaciones ilícitas con un hombre, induce á éste á que asesine á su marido; el amante se niega á hacerlo personalmente, pero encuentra un sér bastante abyecto, que se presta á cometer el crimen mediante 117 pesetas!!

Este tiene lugar en el canalillo de la Guindalera cerca del barrio de este nombre, en las afueras de Madrid, donde habitaban los actores de este espantoso drama.

Una vez realizado el crimen, los asesinos mutilan al muerto en sus partes sexuales, que llevan en un pañuelo á la mujer en señal de haber quedado cumplido su horrible deseo, y ésta entierra los despojos en el campo.

Semejantes detalles demuestran todo lo abyecto de estos feroces criminales, toda la bestial ignorancia de que están poseídos, pues aun creían, después de la comisión del delito al unirse aquéllos impuros labios en un asqueroso beso de reptiles, que podría dejarles en paz la justicia.

Sometida su causa á los tribunales, no podemos fallar, según nuestra conciencia, antes del fallo del tribunal, pero estimamos que debe caer sobre los tres culpables todo el rigor de la humana justicia.

«¡Las fieras á la jaula!» como dice un inspirado autor dramático en su mejor obra *El nudo gordiano*.

Pero las fieras de dos pies no tienen jaula de la que no esperen poder escaparse, como se escapan.

A esas fieras hay que aplicarles el sistema de estirpación de reptiles.

También esta semana ha empezado á verse en juicio oral y público la causa á que ha dado motivo el crimen cometido en Archidona á fines del año pasado, y en el que fueron víctimas el Sr. Palomero y su esposa doña Dolores González, atribuyéndose su comisión al registrador de la propiedad D. Ricardo Peris, que como tal supuesto autor del crimen ha comparecido ante el tribunal.

La muerte de los esposos fué producida por la explosión de una caja de dinamita que el Sr. Palomero recibió por el correo, y que estalló al abrirla en presencia de la doña Dolores, que como el Sr. Palomero, quedó horriblemente mutilada.

Por ser éste un asunto que se relaciona con el sexo femenino, trascribimos á continuación los detalles que un colega publica sobre doña Dolores, y que sirven como de antecedentes á este espantoso desenlace de un drama de amor y de celos:

«Era doña Dolores González Sánchez Lapuente una joven de 27 años, si no de elevada estatura, esbelta, elegante, en quien parecían reunidas todas las gracias peculiares de esta hermosa raza andaluza. Morena, de tonos suaves y de lucido cutis, hermosos ojos negros y labios un poco abultados para que la provocación al deleite fuera mayor, habíase educado en el seno de una familia bien acomodada, con esa libertad y despreocupación en que fácilmente inciden las jóvenes á quienes la Providencia priva desde temprana edad de los santos cuidados de una madre. Achacábanle una extrema versatilidad de carácter y alguna ligereza en el tomar y dejar relaciones; pero ¿qué muchacha como ella hermosa y como ella ilustrada, hubiera resistido los asaltos de la coquetería?

Casi desde niña había sido novia de D. Manuel Palomero, de su misma edad, alto, arrogante, moreno, de varonil expresión, de talento poco común y con un grancejo que aun entre andaluces descollaba por su agudeza é intención. Pero sea por las ausencias á Granada que el estudio de la medicina le imponía, sea por cansancio, ó por versatilidad, ello es, que esas relaciones cesaron hacia el año 1881, precisamente en la época en que llegó á Archidona á tomar posesión de su cargo el registrador de la propiedad, D. Ricardo Peris.

Venía éste de otro registro ganado por oposición, después de haber desempeñado siete años el cargo de promotor fiscal en Torrente. Es hombre de 42 años, alto, moreno, pero de facciones vulgares, frío de carácter y tan poco comunicativo, que durante los seis años de residencia en Archidona, apenas había logrado contraer amistad con dos docenas de personas. Algunos meses después de llegar á Archidona eran ya públicas sus honestas relaciones amorosas con la señorita González, como de ello eran testimonio sus nocturnas conversaciones por la reja.

No parece, sin embargo, que terminaban aquí sus citas. Una tía de la joven favorecía las relaciones, y con disculpable complacencia facilitaba á la enamorada pareja entrevistas menos públicas, pues á lo que se dice, la vehemencia de la joven y el reconcentrado afecto del letrado Sr. Peris necesitaban expansiones más enérgicas que pelar la pava.

Así trascurrieron los años hasta que en septiembre de 1885, según declara el Sr. Peris, acabaron esas relaciones, por haberse convencido de que su novia no le tenía suficiente afecto, si bien este aserto está contradicho por una carta que la víspera de casarse le escribió doña Dolores, y que obra en autos.

Ello es que desde aquella fecha parece rota toda inteligencia entre ambos amantes, hasta el extremo de que el Sr. Peris decidió casarse con una señorita de Torrente, á la que había conocido siendo fiscal de aquel juzgado, celebrándose el matrimonio en noviembre de 1885 por poder que otorgó á favor de un capitán de la Guardia civil.

Pocos días después, cuando aún no había llegado á Archidona la esposa, en matrimonio rato, del Sr. Peris, recibió éste una carta de doña Dolores, concebida en los términos más cariñosos. «Es la última carta que te escribo de soltera, Ricardo mío, para decirte que has sido el único amor de mi vida, y que deseo seas feliz, mientras aguardo resignada mi última hora, que presiento será en breve.» Esto, en síntesis, decía la señorita González á su ex novio la víspera de contraer matrimonio con D. Manuel Palomero, deduciéndose además de la carta, que si no se había casado con el Sr. Peris, era porque éste siempre oponía reparos. En el verano de 1885, reanudó el Sr. Palomero sus relaciones con la amiga de su niñez, y pocos meses después, el 25 de noviembre, se enlazaba con ella.

Si la aseveración del Sr. Peris de que sus relaciones con la doña Dolores terminaron en septiembre de 1885, es cierta, resultaría averiguando que por lo menos durante algunos meses, la señorita González mantuvo á la vez relaciones con sus dos novios.»

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

